suyas una de las pequeñas manos de Elena y cubriéndola de besos, que buena es usted! gracias, gracias!

Elena sintió en su mano no solo los besos, sino dos lágrimas á una temperatura de 80 grados.

—¡Está usted divina!

—¿Estoy bien?

—¡Encantadora! ¡qué talle! ¡qué pecho!

—Chist, chist, bajito, amigo mio, bajito.

—¡Qué pecho! ¡Dios mio! es usted un ángel.

Elena se sonrió. Cada una de las frases de Perez habia caido á plomo en el cáliz de la vanidad de Elena; las saboreó, admitiéndolas con la conviccion de que las merecia.

La gratitud de Elena tomó una forma rara.

Las mugeres tienen á veces un idioma intraducible, al grado de que si el hombre no fuera polígloto en amor, se quedaria en ayunas.

La forma que tomó la gratitud de Elena fué ésta:

Con el pulgar y el índice rosados de su manecita, tomó como quien toma rapé, la pequeña piocha de Perez, haciendo con ella un ligero movimiento de oscilacion, sostenido por cuatro segundos.

Perez pensó entretanto que se debe entrar al paraiso de Mahoma tirado de las barbas por dos deditos color de rosa.

CAPITULO XIV.

PEREZ Ó UN AMOR DESGRACIADO.

A las diez de la noche, la casa de Elena presentaba un conjunto de los mas animados.

Desde la puerta de la calle, adornaban cornisas, pilares, puertas y corredores, gran número de farolitos de colores. El corredor era un completo jardin veneciano y la sala del baile, si no presentaba el conjunto severo del buen gusto y la elegancia, sí ofrecia á los concurrentes alfombra, si bien añadida y completada como capa de pobre; asientos, si bien mosaico churrigueresco digno de un remate; y luz, si bien vertida ora por quinqués

alimentados con aceite, ora por velas de esperma, pues por entonces ni la estearina, ni el gas de trementina, ni el petróleo iluminaban todavía los salones.

Elena, como lo habia notado muy bien Perez, estaba encantadora; y porque el lector no nos tache de inconsecuentes por haberle hecho conocer á Elena de un modo y hacerla pasar hoy por una metamórfosis violenta, daremos el por qué de ésta trasformacion.

Elena, como dijimos muy bien, no era bonita, pero tenia dotes de un valor intrínseco; dotes de esas que pueden pasar desapercibidas para un pollo atronado, pero que en manera alguna se escapan á la profunda é investigadora mirada de un gallo viejo.

El mismo Perez no habia descubierto los hechizos de Elena, sino cuando ésta, abandonando su crisálida de los dias de trabajo, se le habia exhibido en el baile del 24, en las boleras y dando á luz aquellos piesecitos color de cielo.

El coronel, mas esperto y avezado cazador, habia explorado el campo con su primera mirada, y al primer golpe de vista habia sabido estimar convenientemente desde los hoyitos de las manos de Elena, hasta lo aereo y fino de sus pequeños pies.

Adivinó Aguado la tersura de la piel y la morbidez de los contornos, con la misma precision con que habia solido explorar si el enemigo carecia de bagajes y municiones, ó si estaba montado en regla para el ataque.

De manera que, lo que para Perez habia sido obra del

tiempo y la casualidad, para Aguado fué un golpe de ojo, verdaderamente de pillo.

El pobre de Perez habia acertado á doblar la rodilla en mal momento.

La misma Elena conocia en su interior, que Perez se habia dormido.

En materia de homenajes de amor, la muger es sensible al desperdicio.

A las diez y media se presentó el coronel Aguado, de riguroso uniforme, acompañado del teniente coronel, del mayor, de dos capitanes y otros oficiales subalternos.

La música del cuerpo de Aguado, colocada en el patio de la casa, tocaba á la sazon la marcha de Norma; lo cual le dió á la entrada del coronel cierta solemnidad.

Al pisar el salon, algunas personas se pusieron en pié; movimiento que fué seguido hasta por algunas señoras, para quienes las reglas de etiqueta no eran muy familiares.

Esto acabó de darle á aquel acto, cierto carácter oficial.

Aguado antes de hacer un saludo general, se adelantó seguido de sus oficiales, hácia el lugar en que estaba Elena, atravesando el salon; la dió la mano inclinándose cortesmente y presentó á sus oficiales.

Estos hicieron á Elena un saludo militarmente cortés, y Aguado en seguida se volvió para saludar á la concurrencia y en derechura pasó despues á saludar á Perez que permanecia de pié, erguido, metido en el frac de Zarrico-

lea y proyectando en la pared la silueta de una pirámide truncada con la sombra de su rizada cabellera.

—Muy bien, amigote; se ha portado usted admirablemente; debe usted haber trabajado mucho

—Sí, señor coronel, respondió Perez, mostrando su blanca dentadura, pero dejando percibir no obstante cierto fondo de tristeza amarga.

—Supongo, continuó el coronel, que se habrá nombrado un bastonero.

—No, no señor, todavía no.

—¿No se ha bailado nada?

—Esperaban á usted para romper el baile, dijo una vieja que estaba próxima y rebosando júbilo.

—Perez es muy á propósito para bastonero, dijo Pablito que acababa de entrar.

—¡Eso es! exclamó el coronel, vamos, amigote, á bailar cuadrillas.

—Cuadrillas! gritó Perez.

Aguado se paró en primera con Elena.

Los oficiales lo imitaron, tomando sus compañeras.

Y comenzó el baile.

Perez habia cuidado de hacer pareja con Elena y Aguado para colocarse en paralelas con el enemigo.

Esto contrarió á Elena porque la puso á dos fuegos; pero en estas asonadas de amor lo reñido y lo complicado suele ser el platillo mas confortable.

El baile es el protector natural de los amantes; Aguado sabia tomar sus posiciones con admirable maestría.

Perez contaba los compases de las cuadrillas, sin descuidar á Elena, á quien le apretaba la mano en cada media cadena y en cada cola de gato.

Estas suaves presiones estaban representando en las manos de Elena el papel del telégrafo electro-magnético.

El apreton de Perez, era la corroboracion de su hincada en el tocador, y el apreton del coronel, era el recuerdo de sus esplendideces.

Aguado supo decir al oido de Elena algunas frases apasionadas, que Elena recibia como al que le cae algo de arriba. No podia combatir, ni rehusar, ni discutir.

El coronel tenia el tino de no hacer preguntas. Avanzaba sin consultar al enemigo.

Elena temia hacer una barbaridad, rehusando los galanteos del coronel.

Despues de las cuadrillas, circularon por la sala algunas charolas con copas, y en el comedor se formó una tertulia de buenos bebedores, á cuya cabeza estaba Aguado.

Perez encontró muy natural ofrecer una copa al coronel, para darle á probar un rom de Jamaica esquisito.

—Soy costeño, amigote, y he bebido á bordo.

Perez abrió los ojos temiendo haber hecho una barbaridad.

—El rom lo tomo en vaso, amigo Perez; esas copitas son para las señoras. Vengan dos vasos.

Un criado presentó dos vasos al coronel.

Este tomó la botella de rom y sirvió dos medios vasos.

—Así se brinda, amigo Perez.

—Pero señor.....

—No hay que andarse con melindres, ¿somos amigos?

—Tengo el honor.....

—Pues á beber, amigo. Por la salud de usted, amigo Perez.

El coronel apuró su vaso y Perez dió un trago y lo apartó de sus lábios.

—Un dia, continuó el coronel, tuve un desafío con un marino, por un desaire semejante.

Y señaló el rom que Perez habia dejado.

—Yo lo tomo en dos tiempos, se apresuró á decir Perez.

—¡Ah!

—Es para catarlo.

—Bueno, hombre, bueno, se conoce que es usted de los mios. Yo no lo caté, porque como usted me lo ofrecia, supuse que era bueno, como en efecto lo es.

Perez apuró el resto del rom á trueque de sentir una corriente de lava candente en el exófago.

Bailáronse algunas piezas mas, y á las doce en punto Elena invitó á la concurrencia á presenciar *la acostada del Niño.*

Se encendieron velas de cera, y prévias las oraciones de costumbre, Elena colocó un Niño Dios de cera en el pesebre, á cuyo acto siguió una salva de cohetes y una diana tocada por la música militar.

Acto continuo, la concurrencia pasó al comedor. Aguado rompió la marcha conduciendo á Elena, despues seguian los oficiales llevando otras señoras, y Perez, como se lo estaba temiendo, á fuer de galante y obsequioso se quedó sin asiento.

Perez perdia terreno á su pesar.

Aquel jardin improvisado presentaba un aspecto verdaderamente encantador; y para que el lector se forme una idea de la concurrencia que ocupaba la mesa, dirémos que Aguado y Elena ocupaban la cabecera, seguian á derecha é izquierda algunos oficiales del cuerpo acompañando á algunas jóvenes convidadas aquella noche y que por primera vez formaban parte de la reunion.

Hubiera notado allí el observador en el conjunto heterogéneo de la fiesta, á las hijas de un señor magistrado junto á las incultas sobrinas del señor cura de la Santa Veracruz; á la vecina relamida y ordinaria, vestida de prestado aquella noche, junto á unas señoras que habian entrado al baile por equivocacion, pues no era allí á donde estaban convidadas; y unas y otras concurrentes confundidas con algunas niñas de esas que viven solas y que eran conociditas de algunos de los oficiales presentes.

En cuanto á los hombres, figuraban al lado de Pablito, (quien habia ya disculpado á su familia con Elena), el platero de la esquina, el dependiente del juzgado, cuatro ó seis pollos de los que nunca faltan en parvada á todos los bailes, el cobrador de la casa, dos empleados, un dueño de pulquerias, los españoles del empeño de la otra calle, y finalmente, un número respetable de viejas, tias y ma más, troncos de aquellas ramas.

En aquella reunion en que no se conocian los unos á los otros, reinó al principio el encogimiento y la reserva, y en seguida el desórden; pero nunca la cordialidad.

En cuanto á la cena, se contaba que habia ocho clases de pescados, la consabida ensalada de Nochebuena, compuesta de veinticuatro ingredientes, y el nacional *revoltijo* con pencas tiernas de nopal desmenuzadas.

En una cena de Nochebuena es de rigor tener un apetito decidido; circunstancia que la concurrencia no tardó en poner de manifiesto, haciendo todos los honores á la cocinera.

Perez, en vez de saciar el apetito de que tambien no carecia, empezaba á sentir que el rom es una bebida muy fuerte.

—¡Ha visto usted cosa! decia Perez á un señor que se encontró al paso; sabe usted, señor, que el rom es una bebida muy fuerte? ¡que cosa tan estraña! oiga usted, señor, esto es un hecho; el rom es una bebida muy fuerte. El coronel me invitó á tomar, y ¡cosa mas extraordinaria! .....yo..... porque, oiga usted señor, he notado que el rom es una bebida muy fuerte.

Un resto de juicio le hizo notar á Perez que estaba repitiendo una misma cosa sin poderlo evitar y sintió un pesar verdaderamente profundo; iba á ahogar su mundo de ilusiones, su Nochebuena, su frac de Zarricolea, sus rizos y su chaleco blanco, su conquista, su amor y su poesia, en un poco de rom!..... —¡Infame coronel! tal vez lo hizo de intento para descartarse de mí.

El interlocutor de Perez habia desaparecido y Perez terminaba a solas cada periodo de su monólogo, con la muletilla de que el rom es una bebida muy fuerte.

La cena se prolongó hasta cerca de las tres de la mañana, pues hallándose Aguado y Elena bastante complacidos no pensaban en levantarse de la mesa. Entre tanto, Perez cenaba parado, é intentaba formalmente persuadirse de que un plato de revoltijo acallaria los estragos del rom, si bien con grave riesgo de la pureza columbina de su chaleco blanco.

En efecto, el empellon de un criado resolvió este peligro y el chaleco blanco de Perez se tiñó con revoltijo.

—Un herido! gritó un oficial.

—Quién es? preguntó otro.

—El señor Perez.

—Cómo!

—Dónde tiene la herida?

—En el corazon, dijo un chusco.

Todas las miradas se fijaron en el chaleco de Perez, que ostentaba un chorreon de chile en el lado izquierdo.

Una carcajada general acabó de poner á Perez en un predicamento ridículo.

Aguado pensó que el revoltijo habia completado la obra del rom, y dirijiéndose á Elena le dijo:

—¡Cuanto me gusta el revoltijo!

—¡Que malo es usted!

Para Perez no era, no obstante, tan fuerte el rom

que le hubiera impedido probar toda la amargura de u situacion.

—La cocinera, dijo un oficial, opina que la herida del señor Perez es de las mas honrosas.

—Por lo menos, agregó otro, ha sido recibida en el campo del honor, como digno combatiente.

Perez prescindió de seguir cenando, y medio oculto en un naranjo se ocupó de sostener una larga mirada de tigre dirijida al coronel y á Elena que coqueteaban espantosamente.

Al pié de aquel naranjo concibió Perez un pensamiento.

—Voy á darle celos á Elena, me vengaré; voy á despreciarla y á probarle que á nadie le falta quien.....

A Perez le parecia éste un pensamiento salvador y dirijió una mirada en torno suyo hasta que se fijó en una jóven muy rubicunda y que hablaba muy recio; le pareció bonita, amable y bien vestida, y abrochándose el frac de Zarricolea para cubrir la herida honrosa, se dirigió á la señora de su pensamiento.

Oyó que le decian Lola.

—Lolita, dijo acercándosele, ¿tiene usted la bondad de tomar esta copita á mi salud?

—Ah! dijo Lola, yo creí que me iba usted á ofrecer revoltijo.

Los oficiales rieron de buena gana, y Perez se cortó. Estaba de malas.

Perez comprendió que era necesario hacerse á las armas, y continuó:

—Efectivamente es revoltijo.

—Ah! pues entonces no lo tomo, porque se me sube.

—Quiero decir, en esta copa está revuelto el vino con el amor.

—De quién?

—Mio.

—Y quiere usted que me lo beba?

—Sí, señorita.

—Y si me enamoro de usted?

—Me hará usted el mas feliz de los hombres.

—Ay! señor Perez; pero temo que á mí no me suceda lo mismo, porque soy muy desgraciada en amores.

Perez insistió hasta lograr que Lola bebiese, y se consagró á galantearla.

Se bailó en seguida, y Perez se apoderó de Lola; pero no habia visto á un oficial que hacia tiempo no le quitaba la vista.

Perez no se ocupaba mas que de Lola; y de vez en cuando procuraba observar si esto hacia algun efecto en Elena.

Al pasar junto á ella bailando, Perez le dijo á Lola de manera que Elena lo oyese:

—La adoro á usted.

Resonó en la sala una argentina carcajada de Elena, y á Perez le zumbaron los oidos.

No bien hubo sentado á Lola, el oficial celoso se acercó á Perez y le dijo:

—Dispense usted, caballero.....¿Se sirve usted acompañarme?

—A donde usted guste; á beber? estoy á sus órdenes.

Y siguió al oficial.

Pero éste, en vez de tomar la direccion del comedor, tomó la de la escalera. Perez pensó que por todas partes se vá á Roma y siguió al oficial.

Cuando estuvieron en el patio, Perez sintió que el mundo se le vino encima, y en seguida que él se caia sobre el mundo.

Acababa de recibir una bolea en el ojo izquierdo, que le hizo caer en tierra; despues sintió algunas patadas por via de apéndice, y se quedó quieto pensando que el rom es una bebida muy fuerte.

El oficial, que afortunadamente no habia sido visto ni sentido, volvió á la sala disimulando lo mejor que pudo su emocion.

Aguado habia enarbolado ya el pabellon del triunfo. Elena estaba suave como un guante, y se trataba ya con cierto calor y seguridad de proyectos para el porvenir, de la carrera de Chucho, de cambiar de habitacion y de otra porcion de cosas.

La animacion del baile habia llegado á su colmo y reinaba ya la franqueza y la espansion en todos los convidados, quienes convenian simultáneamente en que el baile se habia puesto bonito de repente.

—¿Y Perez? preguntó uno.

—Se fué á acostar, contestaron.

Efectivamente, Perez estaba acostado sobre las piedras del patio y dormia; pero con la sustancial diferencia de que no se habia ido á acostar, sino que lo habian acostado.

A las cinco de la mañana Perez apareció en la sala con su frac de Zarricolea revolcado, y ostentando un chichon en un ojo.

Ya Aguado y los oficiales habian desaparecido, y á Elena no se le podia hablar porque se habia recogido.

Perez se acostó sobre un sofá y continuó su sueño comenzado en el patio.

CAPÍTULO XV.

DE CÓMO SE CONFECCIONA EN REGLA UN MATRIMONIO.

DESDE el 25 de Diciembre la marcha de los acontecimientos que llevamos referidos cambió esencialmente.

Aguado llegó á ser en la vida de Elena un elemento indestructible. Aguado habia tenido el tino de apoderarse de la situacion de Elena de una manera irrevocable.

Elena empezó por conceder al coronel una noche de posadas, y desde el momento en que Elena recibió el pri-

mer obsequio puso los piés en una pendiente resbaladiza sobre la que ya no pudo retroceder.

Elena no hubiera elegido nunca á Aguado como amante, y mas podemos decir todavía, no lo amaba; pero hay hombres que saben ejercer un dominio absoluto y que sin tener precisamente el poder de fascinar, son irresistibles en fuerza de ser galantes.

Aguado asedió la plaza por todos los flancos: se apoderó de lo mas caro para Elena: del porvenir de su hijo.

Halhagó la pasion mas peligrosa de la muger: la vanidad.

Puso en juego el medio universalmente reconocido como infalible: la prodigalidad.

Elena objetó el escándalo de los vecinos.

El coronel hizo mudar de habitacion á Elena á los tres dias del baile.

Elena quiso poner por medio y préviamente el trato familiar, el tiempo, la reflexion.

Aguado no exijió nada, y concedió todo.

Elena se creía ya relegada al olvido.

Aguado la sacó á la luz.

Elena era pobre.

Aguado la hizo rica.

Elena, en fin, en el cerco que le tendió Aguado no pudo encontrar un solo punto vulnerable.

El éxito debia ser este:

Rendirse á discrecion.

En cuanto á Perez, debemos decir que el sol del 25 lo

encontró triste como á Job, y tan resignado como aquel santo varon.

Lo primero que Perez se vió al despertar fué el chorreon de chile en el chaleco blanco; y lo primero que se tocó fué la frente, abultada y deforme por un soberbio chichon.

Perez se contempló al espejo y escudriñó con profunda tristeza los colores azul, morado, verde y amarillo de su ojo izquierdo, resultándole del exámen de este iris epidérmico la conviccion de que la bolea habia sido de la mejor calidad.

La segunda reflexion de Perez acerca de aquella desgracia, fué todavía mas triste.

No se acordaba á quién le debia aquel favor.

Y Perez repitió, en el goce de todas sus facultades, lo que tantas veces habia repetido ébrio: el rom es una bebida muy fuerte.

No teniendo otra conclusion mas lógica ni mas adecuada á la situacion, tomó su sombrero y abandonó aquel salon medio oscuro, lanzando un profundo suspiro.

Perez tambien se habia rendido á discrecion.

Bástele al lector lo expuesto como base del primer cambio importante y trascendental en la vida de Chucho el Ninfo, quien al sentar plaza de soldado en el cuerpo de Aguado, comenzó á recibir sus haberes íntegros; fortuna que le proporcionaba la ventaja de enseñarse á pródigo y desperdiciado; pero dejemos á Chucho el Ninfo hacer carrera, pues nadie podrá poner en duda la rapidez de sus as-

mer obsequio puso los piés en una pendiente resbaladiza sobre la que ya no pudo retroceder.

Elena no hubiera elegido nunca á Aguado como amante, y mas podemos decir todavía, no lo amaba; pero hay hombres que saben ejercer un dominio absoluto y que sin tener precisamente el poder de fascinar, son irresistibles en fuerza de ser galantes.

Aguado asedió la plaza por todos los flancos: se apoderó de lo mas caro para Elena: del porvenir de su hijo.

Halhagó la pasion mas peligrosa de la muger: la vanidad.

Puso en juego el medio universalmente reconocido como infalible: la prodigalidad.

Elena objetó el escándalo de los vecinos.

El coronel hizo mudar de habitacion á Elena á los tres dias del baile.

Elena quiso poner por medio y préviamente el trato familiar, el tiempo, la reflexion.

Aguado no exijió nada, y concedió todo.

Elena se creía ya relegada al olvido.

Aguado la sacó á la luz.

Elena era pobre.

Aguado la hizo rica.

Elena, en fin, en el cerco que le tendió Aguado no pudo encontrar un solo punto vulnerable.

El éxito debia ser este:

Rendirse á discrecion.

En cuanto á Perez, debemos decir que el sol del 25 lo

encontró triste como á Job, y tan resignado como aquel santo varon.

Lo primero que Perez se vió al despertar fué el chorreon de chile en el chaleco blanco; y lo primero que se tocó fué la frente, abultada y deforme por un soberbio chichon.

Perez se contempló al espejo y escudriñó con profunda tristeza los colores azul, morado, verde y amarillo de su ojo izquierdo, resultándole del exámen de este iris epidérmico la conviccion de que la bolea habia sido de la mejor calidad.

La segunda reflexion de Perez acerca de aquella desgracia, fué todavía mas triste.

No se acordaba á quién le debia aquel favor.

Y Perez repitió, en el goce de todas sus facultades, lo que tantas veces habia repetido ébrio: el rom es una bebida muy fuerte.

No teniendo otra conclusion mas lógica ni mas adecuada á la situacion, tomó su sombrero y abandonó aquel salon medio oscuro, lanzando un profundo suspiro.

Perez tambien se habia rendido á discrecion.

Bástele al lector lo expuesto como base del primer cambio importante y trascendental en la vida de Chucho el Ninfo, quien al sentar plaza de soldado en el cuerpo de Aguado, comenzó á recibir sus haberes íntegros; fortuna que le proporcionaba la ventaja de enseñarse á pródigo y desperdiciado; pero dejemos á Chucho el Ninfo hacer carrera, pues nadie podrá poner en duda la rapidez de sus as-

censos militares, y volvamos á ocuparnos de los amores de Mercedes y Cárlos.

Desde el momento en que Cárlos tocó el resorte de la autoridad pública decidió de su suerte y de la de Merced; y por medio de los trámites conocidos y no menos embarazosos y molestos, llegaron las cosas á la inevitable resolucion del casamiento.

Don Pedro María y doña Rosario se resignaron, evitándose el desagrado de separarse de Mercedes por medio de una providencia oficial de depósito, y se determinó que el matrimonio se verificara en paz.

Hubo serias controversias sobre si la ceremonia debia tener lugar en la casa ó en la Parroquia, y esta cuestion mantuvo por algunos dias la discusion en la casa de don Pedro María, hasta que por fin don Pedro, con la intervencion del padre Martinez, del padre procurador de la Merced y del señor cura de San Pablo, dispusieron que todo se hiciera en la iglesia de la Merced, prévias las dispensaciones y trámites eclesiásticos conducentes.

—Porque..... decia D. Pedro, si la ceremonia es en casa, cate usted que tenemos el inconveniente de los convidados; y á la verdad no estamos para bailecito ni cosa que lo valga.

—Ya se vé, señor D. Pedro María, ¡qué bailecito ni que calabazas! dijo el padre Martinez.

—Si la cosa es en la Parroquia, resulta un matrimonio de pacotilla, como el de los pobrecitos; y á Dios gracias, todavía no estamos en estado tan lastimoso.

—Y sobre todo, decia doña Rosario, si la ceremonia fuera en la Parroquia, esto influiria para que el novio viera mañana á mi hija sobre poco mas ó menos; y eso sí que no, porque ya que tengo la desgracia de darle mi hija á ese.....

—Vamos, muger, vamos, vamos! dijo D. Pedro cariñosamente.

—Pues sí, pues sí, repetia doña Rosario, que al menos se haga la cosa con decoro y con decencia.

—De modo y manera, siguió D. Pedro, que la dada de manos y la velacion, será todo junto.

—Todo junto, repitió doña Rosario.

—Todo junto á las cuatro de la mañana, en la Iglesia de la Merced.

—En el altar mayor por supuesto, dijo doña Rosario.

—Mira, muger: yo desearia que fuese en el de mi Castísimo Patriarca.

—En ese caso, en el de la Purísima Concepcion de María, dijo doña Rosario; porque tratándose de casamiento... ¿no le parece á usted, padre Martinez? decia yo que en el de la Purísima Concepcion.

—En el que ustedes gusten, dijo el padre procurador; en cualquiera que sea, yo mandaré poner los blandones grandes, los atriles dorados á fuego, los ornamentos blancos, se pondrán cojines de terciopelo para los novios y se encenderá bastante cera.

—Y que, ¿no seria bueno, padre procurador, dijo doña Rosario, que se tocara el órgano?

—No veo inconveniente, se tocará el órgano.

—Veremos á Guzman.

—Mejor á D. Manuel, D. Manuel es profesor.

—Pues á D. Manuel.

—De modo y manera, interrumpió D. Pedro María, que á las cuatro de la mañana.....

—O á las tres, dijo doña Rosario.

—Es muy temprano, muger.

—Al mal paso, darle prisa.

—No empieces, no empieces, por el amor de Dios. Pues como decia, á las cuatro de la mañana, estarán aquí los coches.

—Porque aunque está tan cerca..... dijo el padre procurador.

—¿A pié? exclamó doña Rosario. ¿Mi hija á pié? no lo permita la cruz de mi rosario. Padre procurador, mi hija no iria á pié á la iglesia, ni por una de estas nueve cosas; que si conforme está la iglesia á cien pasos, estuviera á uno, mi hija subiria al coche y se volveria á bajar, pero no iria á pié.

—No quise decir..... dijo el padre procurador avergonzado.

—No, padre, ya que la damos, que sea como Dios manda, que al fin ¡quién sabe que clase de vida se le espera á la hija de mis entrañas!

Y doña Rosario se soltó llorando.

—¡Si acabaré mi cuento! dijo D. Pedro María.

—Siga usted.

—De modo y manera que á las cuatro, sí señor, á las cuatro estarán aquí los coches; usted, padre procurador, y el señor cura se entienden con su iglesia y con su altar, etc. etc.

—Por supuesto.

—Y oiga usted, seria bueno poner la colgadura de terciopelo, eso le daría á la cosa un aspecto como mas severo.....

—Me parece muy bien, se pondrá la cortina de terciopelo: mañana mismo mandaré que la recorran, porque está un poco usada.

—Bueno, pero no se le conoce; de modo y manera que á las cuatro montamos en los coches y allá nos esperan ustedes y..... ahora verá usted, somos..... los novios, dos... padrino y madrina, cuatro; mi mujer y yo, seis.... Angelita y Pablito, ocho.

—Y Perez nueve, dijo doña Rosario enjugándose las lágrimas.

—¡Eso es! dijo don Pedro María, el bueno de Perez. Como que tambien está apesadumbrado.

—No sé que le he notado en los ojos, dijo el señor cura.

—Es una inflamacion, dijo doña Rosario.

—De facto, dijo D. Pedro María ¡pobre Perez! De modo y manera que somos nueve personas.

—No, ¡que estás diciendo! dijo doña Rosario ¿y mi compadre, y los tios de la niña y las criadas? sí, las criadas; porque toda la cocina está alborotadísima; todas quieren

ir, me lo han pedido con las lágrimas en los ojos ¡pobrecitas!

—Pues que vaya todo la cocina, muger, no hay quien se oponga. ¡De modo y manera, que somos quinientos, padre procurador!

—No le hace, la iglesia es grande.

—Bueno, con que se casan ¿y luego.....?

—Eso es lo mismo que yo digo, y luego.....

—Porque, oigan ustedes, ese paso es fuerte.

—Es fuerte.

—La separacion.....

—La separacion.

—Eso.....

—Porque irse uno escurriendo.....

—Nada mas natural, dijo el padre Martinez, en la puerta de la iglesia se despiden, les echan ustedes la bendicion, los novios y los padrinos parten en su coche, y ustedes se vuelven á su casa.

—Eso está muy bueno para dicho, pero calcule usted, como será esa vuelta! dijo doña Rosario.

—Sea todo por el amor de Dios, exclamó D. Pedro María; ¡como ha de ser, señor! ¡como ha de ser!

Esta y otras por este estilo, fueron las conversaciones de la casa de D. Pedro Maria.

CAPITULO XVI.

LA LUNA DE MIEL.

AL recorrer la historia de Chucho el Ninfo, nos hemos encontrado un periodo de tiempo en el que, bien poco ó ningun interes ofrecen los acontecimientos relativos á nuestro héroe.

Efectivamente, hay una edad en los niños que las gentes llaman *fastidiosa*, la que por lo general se presta poco al estudio del novelista, y esta consideracion nos ha inducido á trazar á grandes rasgos los acontecimientos que tuvieron lugar en ese periodo; y sin soltar el hilo de cada uno de nuestros personajes llegaremos á la época